

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA

Amar a alguien que lucha contra la adicción puede distorsionar nuestra visión. Podemos empezar teniendo compasión y claridad, pero con el tiempo el miedo, el agotamiento y la confusión nublan nuestra vista. Dudamos de nosotros mismos. Cuestionamos nuestros límites. En medio de promesas rotas y cambios de humor, puede ser difícil distinguir entre lo que es real y lo que está alimentado por el pánico. La Cuaresma nos invita a bajar el ritmo y pedirle a Cristo que sane lo que estamos observando.

En el Evangelio de este domingo, Jesús devuelve la vista a un hombre con ceguera desde su nacimiento (Juan 9:1, 6-9):

Jesús vio al pasar a un ciego de nacimiento. Escupió en el suelo, hizo lodo con la saliva, se lo puso en los ojos al ciego y le dijo: “Ve a lavarte en la piscina de Siloé” (que significa ‘Enviado’).

Él fue, se lavó y volvió con vista. Entonces los vecinos y los que lo habían visto antes pidiendo limosna, preguntaban: “¿No es éste el que se sentaba a pedir limosna?” Unos decían: “Es el mismo”. Otros: “No es él, sino que se le parece”. Pero él decía: “Yo soy”.

La ceguera del hombre no era su culpa. Antes de este pasaje, Jesús se niega a culpar al hombre o a sus padres. Eso tiene importancia para nosotros. No causamos la adicción de nuestro ser amado y no somos responsables de curarla. Aun así, el caos puede prepararnos para vivir en alerta máxima. Puede ser que estemos atentos a cada tono de voz y cada cambio en la rutina, intentando predecir qué ocurrirá después. Esa vigilancia puede sentirse como si fuera amor, pero muchas veces se convierte en una forma de control que vacía el alma.

La recuperación para la familia y amigos comienza con una diferente manera de ver. Empezamos a notar nuestros propios patrones: rescatar, dar demasiadas explicaciones, negociar o

cerrarnos. También aprendemos a reconocer lo que podemos hacer y lo que no. Los límites no son un castigo. Son una declaración clara de lo que haremos para mantenernos fieles a Dios y con salud en nuestras propias vidas. El desapego con amor implica dejar que Dios ejerza su autoridad mientras nos mantenemos cimentados en la compasión.

San Pablo escribe en la Segunda Lectura (Efesios 5:8-10):

En otro tiempo ustedes fueron tinieblas, pero ahora, unidos al Señor, son luz. Vivan, por lo tanto, como hijos de la luz. Los frutos de la luz son la bondad, la santidad y la verdad. Busquen lo que es agradable al Señor.

La luz trae la verdad, y la verdad trae la libertad. En ocasiones la verdad es que estamos cansados y necesitamos ayuda. A veces, es que hemos estado diciendo un “sí” por temor. En las juntas, aprendemos que la serenidad no es algo que se logre controlando las consecuencias. La serenidad crece cuando las entregamos a Dios y después elegimos las decisiones correctas para nosotros mismos.

La Cuaresma nos brinda formas concretas de practicar esta entrega. La oración nos ayuda a entregarle a Dios lo que seguimos sujetando. El ayuno puede revelar cuan profundo se ha arraigado el control. La limosna nos recuerda que formamos parte de un Cuerpo más grande. Los Sacramentos también nos mantienen estables. En la Eucaristía, Cristo nos alimenta cuando estamos agotados. En la confesión, podemos sacar a la luz nuestro temor y resentimiento, para recibir la misericordia.

El hombre sanado por Cristo se enfrenta a ser malentendido. La gente discute sobre si se trata siquiera de la misma persona. Cuando empezamos a recuperarnos, otros también pueden resistirse a nuestro cambio. Mantenerse firme requiere valentía. Pero la claridad es un don. Cristo nos está enseñando

a vernos como Sus amados, no como administradores de la vida de otras personas.

Esta semana, pedimos que nuestra vista sea restaurada. No para poder vigilar mejor a otra persona, sino para poder caminar con integridad, un día a la vez, confiando en que el Pastor nos guía.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Cuándo has notado que el miedo o la confusión nublan tu visión cuando amas a alguien afectado por la adicción?
- ¿Cómo entiendes el desapego con amor en una situación concreta en este momento?
- ¿Dónde crees que Dios te está invitando a practicar la entrega para que la serenidad pueda echar raíces más profundas?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA 1 Samuel 16:1b, 6-7, 10-13a

SAL. RESP. Salmo 23: 1-3a, 3b-4, 5, 6

SEGUNDA LECTURA Efesios 5:8-14

EVANGELIO Juan 9:1-41

